

LA ÚLTIMA ENTREVISTA CON GASTON LEVAL

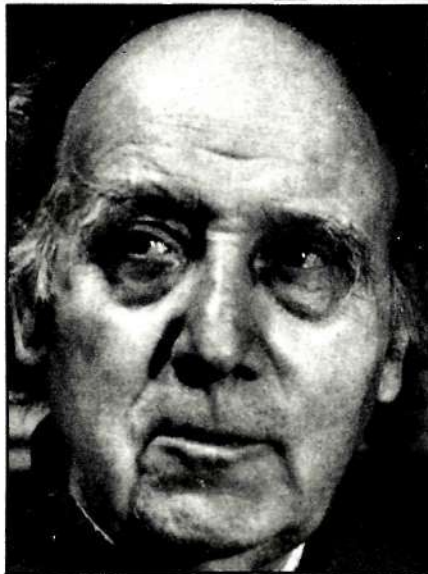
DEMETRIO ENRIQUE

"He tenido la suerte de conocer de cerca dos experiencias históricas revolucionarias: la revolución rusa y las colectividades españolas. Ambas estaban llenas de esperanza."

Con estas palabras iniciaba Gastón Leval, uno de los últimos "clásicos" del anarquismo, la entrevista que le hice pocos meses antes de su muerte el 8 de abril del pasado año, cuando contaba 82 años de edad. A pesar de que su modestia le empujaba a subvalorar sus aportaciones, "yo he sido, creo, un teórico, un pequeño teórico de las ideas libertarias", se le considera como el mayor experto en Bakunin y uno de los que mejor conocían a Proudhon. Su vida ha quedado íntimamente entrelazada con la reciente historia española, y su estudio "Las colectividades libertarias en España" (Aguilera, Madrid, 1977) representa un documento fundamental para revivir esa original faceta de la revolución de 1936.

ENVIADO A MOSCÚ POR LA CNT

Gastón Leval, de verdadero nombre Pierre Robert Piller, nació el 20 de octubre de 1895 en el barrio obrero parisino de Saint-Denis. La rebeldía la llevaba en la sangre: su padre combatió en la Comuna de París de 1871. "Apenas nos habló de la Comuna. Sólo le recuerdo referirse alguna vez a Delecruze, una de sus figuras, quien aconsejaba a los insurrectos: 'Defended todo lo que podáis, y quemad lo que no se pueda defender.'" Polifacético, fue un autodidacta que desde los 12 años jamás dejó de trabajar. Entre las profesiones ejercidas por Leval se cuentan: peón albañil, carpintero, fotógrafo ambulante, calderero, estibador, forjador, maestro, periodista, profesor de la universidad argentina de Rosario. Desde los 18 años interviene en actividades libertarias. Opuesto a la guerra, en 1915 se declara prófugo del ejército francés y escapa a España. Una vez aquí, de inmediato se afilia a la CNT, y marcha a Zaragoza para aprender español. En una de las múltiples persecuciones contra el movimiento libertario cae en prisión, lo que aprovecha para leer a los clásicos de la literatura española. En esta época comienza a escribir artículos, firmados con el seudón-



nimo que adoptaría luego como nombre, Gastón Leval.

En el verano de 1921 marcha a Rusia una delegación de la CNT para estudiar su ingreso en la Internacional Sindical Roja, cuyo congreso constituyente se iba a realizar. Los cinco miembros de la delegación española fueron Nin, Maurín, Arlandis, Ibáñez y Leval.

— ¿Cómo encontró la Rusia soviética en 1921?

— La primera persona que visité al llegar a Petrogrado fue a Victor Segre, a quien había conocido en Barcelona después que cumpliera varios años de cárcel por un asunto relacionado con la 'banda de Bonnot'. Cosa rara en un individualista como era él, aplaudía al régimen. Pero al mismo tiempo me contó pestes de la situación: la policía como organismo de control; sindicatos rígidos, que no celebraban asambleas; persecuciones contra los militantes anarquistas. Después fui a ver a Emma Goldman, escritora de fuerte personalidad, que había sido expulsada de los Estados Unidos por una campaña que promovió en apoyo a los

bolcheviques. Me confirmó todo lo que contaba Segre. Luego estuve con gente que se me dijo que eran anarquistas pero que colaboraban con el régimen. El que mayor impresión me causó fue Sandronusky, secretario del comisario de Asuntos Exteriores, Tchicherine. Este me desmintió las acusaciones que se formulaban contra nuestros compañeros, y me aportó tantas pruebas que ya no podía dudar. Por su parte, él seguía colaborando porque el movimiento anarquista ruso había sido desmantelado por la represión, y quería participar en la obra revolucionaria.

— ¿Cuál fue la actitud de la delegación española?

— Yo quería hacer una encuesta lo más objetiva que fuera posible, y no me limité a escuchar estas opiniones, aunque veía que eran sinceras. Informé a mis compañeros de delegación, dentro de la que estaba en minoría, y decidimos constituir una comisión para ir a ver a Dzerjinsky, comisario del Interior, y pedirle la liberación de los presos políticos, que no eran sólo anarquistas, sino que había muchísimos socialistas revolucionarios, que eran quienes habían ganado las elecciones con el 50 por ciento de los votos. Los bolcheviques, con sólo el 25 por ciento, tenían todo el poder en sus manos. El caso es que fuimos a ver a Dzerjinsky y le enseñamos una lista de presos. Se puso rojo como un tomate, se enojó terriblemente, y afirmó que esos hombres no eran anarquistas, sino bandidos que pretendían pasar por anarquistas, que habían asesinado soldados del Ejército Rojo y que habían estado de acuerdo con Wrangel y Denikin, los generales blancos contrarrevolucionarios. Al oír tales explicaciones, Maurín, que era el responsable de la comisión, las aceptó. A pesar de esto, seguí investigando, y los hechos eran indiscutibles: había una represión feroz.

— ¿Qué fue lo que más le llamó la atención de la vida cotidiana de los rusos?

— Lo primero, que había mucha hambre.

En segundo lugar, se realizaba un deficiente reparto de lo poco que había. Yo recordaré siempre a Emma Goldman, que la víspera de mi partida me dió un abrazo y me dijo: "Usted ha adelgazado en la Rusia Soviética". Y en efecto, los delegados españoles no éramos ricos. Pero los delegados ingleses, que contaban con libras, comieron bien y no adelgazaron. A grandes rasgos, así se podría resumir la situación. Pero había otro asunto: la atmósfera general de terror, el predominio absoluto de la Tcheka, la policía política, que detenía, condenaba, deportaba, fusilaba, sin que nadie pudiera protestar. Podría contar anécdotas que demostraban que Dzержинский, brazo derecho de Lenin, era el amo de la calle. La prohibición a los trabajadores con familiares en el campo de ir allí a buscar alimentos, fue una de las reivindicaciones de los rebeldes de Cronstadt, a principios de ese año: libertad de transportar víveres.

— Junto a sus reivindicaciones de libertad de reunión y expresión, y elección de soviets libres que tuviesen todo el poder en sus manos.

— Sí, porque los soviets ya habían desaparecido. Primero fueron conquistados interiormente, y luego transformados en órganos de Estado. No funcionaba ningún otro partido político. Incluso destacados miembros del partido bolchevique, que no aceptaban las imposiciones de Lenin y su traductor Trotsky, eran tratados como enemigos. Este fue el caso de Alejandra Kollontay, comisario de Salud Pública en el primer gobierno revolucionario en 1917, quien se opuso a Lenin defendiendo la participación de los trabajadores en la reorganización económica. A esta mujer la oí en mítines, y aunque yo no sabía nada de ruso, me sorprendieron su elocuencia, su entusiasmo y su voluntad. Fue una de las mujeres que mejor impresión me han causado, y yo fui uno de los primeros en darla a conocer fuera de Rusia. Una vez me dijo: "No podemos hacer nada, ni publicar una hoja ni disponer de una sala. Estamos obligados a reunirnos en torno a la mesa de un café, bebiendo algo para cubrir las apariencias." En lo que respecta a los militantes de los otros partidos, estaban encarcelados o en la clandestinidad, aplicando los mismos métodos con los que se defendieron de la policía zarista. Un día acudí a una reunión convocada por el secretario general de los socialistas revolucionarios, Stenberg, hombre sumamente culto y gran luchador. Me dijo: "No tenemos siquiera una república burguesa, tenemos una monarquía absoluta."

— Respecto al congreso de la Internacional Sindical Roja, su postura fue distante y desconfiada, ¿no?

— Lo del congreso fue una comedia en la que jamás se podía tener razón frente a los rusos, que se habían inscrito con un equivalente a siete millones y medio de adherentes a los sindicatos, cuando en realidad no funcionaban mas que unos centenares de burócratas. Cuando se

discutía sobre un tema importante, había siempre un delegado ruso que se levantaba y pedía que se formase una comisión, con lo que se ahogaba la discusión. Yo no estaba acostumbrado a tal proceder en mis experiencias sindicales.

— Muchas de las actitudes que usted refiere corresponden a lo que luego ha sido llamado "estalinismo". Pero en 1921, ¿aparecía Stalin como un personaje influyente?

— Allí nunca se mencionaba el nombre de Stalin. Aparte de los dirigentes bolcheviques de los que ya he hablado, los más conocidos, y todos nos dirigieron discursos, eran Zinoviev, Bujarin, Rakovsky y el húngaro Bela Kun.

— Volviendo a los presos anarquistas, ¿qué otras gestiones emprendió usted?

— En casa de Emma Goldman solían reunirse las compañeras de los detenidos. Allí recogí abundantes datos: muchos fueron apresados en Ucrania, donde habían luchado por la independencia, pero contra los generales blancos al mismo tiempo. Esto fue confirmado por un general rojo, cuyo nombre no recuerdo, que venía del frente de Ucrania y que cenó una noche con nuestra delegación. "Luchaban al mismo tiempo contra los blancos y contra nosotros, pero no exclusivamente contra nosotros", nos dijo. Más adelante solicitamos una entrevista con el juez de la Tcheka, pero no había juez, ni proceso ni documentos, no había contra ellos nada, sólo la afirmación generalizada de que se habían aliado con Wrangel y Denikin, los generales blancos.

— Mientras se celebraba el congreso, los presos políticos decidieron aprovechar la presencia de los delegados extranjeros para entrar en huelga de hambre pidiendo su libertad. Usted consiguió hablar con ellos, ¿cómo lo hizo?

— Sí, yo fui la única persona que pudo hablar con ellos ese año, no se lo permitían a nadie que no fuera familiar próximo. Entré a la cárcel Boutirky, antiguo cuartel de la época de Catalina II, con un grupo de familiares, simulando ser uno de ellos, y tuve la suerte que no se fijaran en mí los guardias. Allí vi por primera vez a Voline, que ya tenía noticias de las gestiones que yo había realizado. Era un hombre de unos 45 años, con aspecto de intelectual judío. Sin ser un genio, era muy inteligente, y uno de los más valiosos anarquistas rusos. Nada más saludarnos, le dije: "Compañero Voline, yo necesito saber exactamente lo que usted ha hecho desde su regreso a Rusia". Quedó sorprendido, porque no le expresé la opinión de un correligionario, sino la de un hombre que busca la verdad, y yo pensaba que podía haber compañeros que hubiesen cometido errores, porque no se puede responder por todos. Me comprendió y comenzó a contarme sus actividades desde que volvió del exilio en 1917. Había fundado en Petrogrado el periódico "Goloz Troda" (La Voz del Trabajo) y un grupo de propaganda, y se dedicó a dar conferencias y

organizar a los anarquistas. En una ocasión un general zarista atacó Petrogrado, y Trotsky lanzó un llamamiento al pueblo, pero su grupo ya había partido antes al frente. Fueron tan honrados y tan cándidos los pobres, que para probar su objetividad defendieron los locales de la "Pravda" con sus propias armas. Afortunadamente el ataque fue rechazado. Voline y sus compañeros, unidos a las tropas, persiguieron a los blancos llegando hasta Ucrania, donde las fuerzas austroalemanas se habían instalado. Lucharon contra éstas, y contra las de Petliura, un líder nacionalista reaccionario, que habían cometido muchas atrocidades. El panorama era muy complejo en Ucrania, donde los bolcheviques apenas contaban con apoyo popular. Voline se integró en las guerrillas anarquistas, capitaneadas por Makhno. CaYó enfermo de tifus y fue escondido por unos campesinos. Cuando apareció el Ejército Rojo de Trotsky, Voline se presentó y fue detenido en el acto. Su relato me pareció convincente.

— Y entonces usted, con todos estos datos, se fue a ver a Lenin.

— Pasaban los días y los presos seguían en huelga de hambre. En una sesión del congreso, decidí hacer algo, y arrastré a una parte de los delegados, que podían hacer fuerza por representar a sindicatos internacionales. Eramos unas diez delegaciones las que acordamos ir a ver al propio Lenin, reconociendo que, como dice el proverbio "Es mejor dirigirse a Dios que a sus santos". Tras algunos obstáculos, accedí a recibirnos. Tenía una talla mediana, el rostro mongolide, párpados entornados y sonreía con fría ironía. Acusó a nuestros compañeros de ser bandidos y no anarquistas, criminales de derecho común y cómplices de los generales blancos. Yo le interrumpí y le conté lo que Voline había hecho desde su vuelta a Rusia, con todos los datos que había anotado. Lenin quedó sorprendido, pues no esperaba una réplica, una precisión como la que yo aportaba. Nos dijo que él no podía decidir por su cuenta, que tenía que plantear el asunto al Politburó. Durante la conversación, que duró bastante, fui el único que se atrevió a discutir con él. Nos encargó que redactáramos y firmáramos un papelito encomendándole ocuparse de la cuestión de los presos ante el Politburó y prometió una respuesta definitiva para el día siguiente a las diez. A las doce llegó un soldado trayendo la respuesta del gobierno, firmada por Trotsky, quien así asumía toda la responsabilidad. Nos decía que el gobierno no podía poner en libertad a hombres peligrosos para el orden social, que no podían permitir que se destruyera el Estado porque era necesario, etc. Esto último, entre paréntesis, opuesto a lo que el mismo Lenin defiende en su libro "El Estado y la revolución". Nada de derechos políticos para la oposición ni de la libertad de los prisioneros. Lo único que se consiguió fue la propuesta de expulsar del país a los diez huelguistas de hambre de la cárcel Boutirky, incluyendo a Voline: destierro per-

petuo bajo pena de fusilamiento si regresaban. Tuvimos que aceptar. Estábamos contentos pensando que estos compañeros saldrían de la cárcel y no serían fusilados. Pero pasaron quince días y no salían. Tres semanas, el congreso a punto de terminar, y no salían.

— Es entonces la entrevista con Trotsky, con quien la delegación española ya había mantenido dos entrevistas con él sobre otros temas, ¿no?

— Sí. Eramos unos ardientes jóvenes revolucionarios y queríamos emplear en España el método que los ingleses habían usado en la revolución francesa, fabricar moneda falsa. Creíamos que desvalorizando la moneda se iba a derrumbar antes el sistema. Esperábamos de Trotsky, comisario de Guerra, que nos entregase armas. En fin, nuestra intención era de lo más terrible. El caso es que Trotsky se negó porque pensaba que no hubiesen podido transportar a través de los países de paso obligado, lo cual era probablemente cierto. Cuando Trotsky, hombre atractivo, inteligente, enérgico y altivo, explicaba algo, debo decir que era convincente, con unas indudables facultades intelectuales poco comunes. No tengo por qué defenderle, pero la verdad es que aportaba argumentos, mientras que Lenin jamás lo hacía.

— ¿Qué pasó en esa última entrevista con Trotsky?

— Pues vino y habló con nosotros durante dos horas y media, sobre la lucha contra los generales blancos, las dificultades económicas, la burocracia, la traición de los dirigentes sindicales occidentales, etc. El acuerdo era casi completo. Al final de la entrevista, cuando iba ya a abrir la puerta para irse, se le preguntó por los presos anarquistas. Trotsky con una sonrisa avinagrada, respondió que, por favor, no insistiéramos sobre ese asunto, que era una intervención desgraciada que habíamos tenido, que él se hallaba plenamente convencido de que si se consultaba a los trabajadores occidentales, todos le darían la razón. Bien veíamos que era un modo de escabullirse. Entonces insistimos y yo le pregunté: "¿Pero cuándo pondrán ustedes esos presos en libertad?". Trotsky se puso furioso, me agarró violentamente y gritó: "¿Quién es usted para preguntarme, a mí que no le conozco, cuando aplicaré las resoluciones que yo he tomado? Nosotros hemos hecho la revolución, y usted, ¿qué ha hecho?" Otro compañero intervino para calmarlo mientras yo quedaba atónito y sin saber qué responderle. Al cabo de otras dos semanas nuestros compañeros fueron puestos en libertad y desterrados. Trotsky me demostró, en esa última entrevista, tener un temperamento de verdadero dictador.

Al regresar de Rusia, tras varias vicisitudes, Leval elabora su informe que, junto con el que acaba de entregar Pestaña, delegado el año anterior, influirán para que la CNT se separe de la Internacional Sindical Roja. Reside en España hasta 1924 cuando, desmo-

ralizado y en la miseria, viaja a la Argentina de polizón. Allí morirá su primera hija por falta de asistencia médica. Durante una docena de años su pluma colaborará habitualmente con muchas publicaciones anarquistas. Su trabajo teórico se vuelca en demostrar las posibilidades de una sociedad libertaria. En 1936 publica "Estructuración y funcionamiento de la sociedad comunista libertaria" y "Problemas económicos de la revolución española". Al estallar la guerra civil vuelve a España, dedicándose a estudiar el funcionamiento de las colectividades.

— ¿Qué fueron para usted las colectividades?

— Consideré un deber sagrado registrar sobre el terreno, para el porvenir, los resultados de la primera aplicación de las ideas que siempre había defendido, porque en muy vasta escala la Revolución española realizó el comunismo libertario. Yo me he planteado más de una vez, sobre todo después de mi estancia en Rusia, el problema constructivo de la revolución. Nada más llegar, en noviembre de 1936, fui a la región de Levante. Allí me llamó la atención la perfección de las colectividades organizadas por los libertarios. Yo no pensaba que mis camaradas fueran capaces de hacerlo tan rápidamente, opinión compartida por otros teóricos importantes como Malatesta. Pensábamos que haría falta antes un período de "incubación" para ponerse a la altura de las circunstancias, para aprender a organizarse, etc. La primera experiencia que constaté fue en Carcagente, ciudad valenciana de 18.000 habitantes donde todos los naranjales estaban en perfecto estado. Las distintas pequeñas industrias, los metalúrgicos, los albañiles, los peluqueros, estaban todos organizados y coordinados, a través de sus respectivos sindicatos. La concentración y disminución del número de talleres de las industrias sindicalizadas o colectivizadas, la reducción de los factores de distribución, la coordinación de los medios de transporte y sanitarios, que sucedía allí como luego en todos los lugares que visité, muestran que el anarquismo no es propio de economías atrasadas. Las colectividades, hechas a escala regional, daban una impresión de civilización nueva. Allí vi la práctica de la solidaridad entre los hombres, sin rivalidades por parcelas de tierra ni cosas por el estilo. He visto ancianos que pedían a la colectividad el derecho a residir en ellas, entregando lo que tenían, sus herramientas, sus mulas, etc. También se practicaba el federalismo. Cuando una colectividad era demasiado pobre, otras más ricas le daban parte de sus bienes. Había gente que se negaba a ingresar en la colectividad y no se les obligaba. No puede uno imaginarse la habilidad, la inteligencia, el espíritu de iniciativa con que los campesinos de Aragón, de Levante, se organizaban. Era realmente un mundo nuevo. Yo recorrí bastantes y he hecho un cálculo de que casi la mitad de las 3.000 poblaciones existentes en la España antifrancista se organizaron de forma colectivista. Es frecuente en los

historiadores la idea de que el anarquismo es propio de naciones económicamente atrasadas, donde domina la pequeña propiedad, el taller, la mini-empresa, y existe una estructura de conjunto casi medieval. Con lo cual se concluye que los anarquistas y libertarios, están fuera de la historia y, en suma, que no merecen ser tomados en serio. La Revolución española prueba lo contrario.

— Usted llegó a intervenir directamente en ese proceso, al preparar un plan de sindicalización de la producción metalúrgica de Barcelona, que fue aprobado en una asamblea general del sector. Pero, ¿desde cuándo pensó que la revolución no podría triunfar?

— Tuve esa intuición desde mi llegada. En Málaga, todavía en manos republicanas, constaté un entusiasmo loco, una convicción de la victoria que me parecía ridícula. Faltaba armamento, organización y sentido de lucha militar. Y al mismo tiempo oía los discursos de nuestros políticos: "Franco está en los últimos estertores de la agonía, etc., etc.". Mintieron todos, socialistas y republicanos. Y con el juego de la política impidieron muchas veces la llegada de armamentos. Yo nunca he sido soldado, pero comprendía que la guerra tiene sus leyes, y se hace o no se hace. Estaba de acuerdo con lo que se ha llamado la "militarización" porque no se podía dejar todo a la inspiración del momento.

— ¿Y qué opina de la entrada de la CNT en el Gobierno?

— Es difícil pronunciarse. Naturalmente estoy en desacuerdo con lo que han hecho nuestros ministros, pero no tanto sobre el hecho en sí de entrar en el Gobierno. En situaciones extremas nacen falta a veces soluciones desesperadas. Lo que les reprocho es que tomaran su papel en serio y se creyeran verdaderamente ministros.

En 1938 regresa a Francia por cuestiones familiares y es detenido por no haber luchado en la I Guerra Mundial. Un tribunal militar le condena a cuatro años y medio de cárcel. En 1940 se fuga de la cárcel de Clairvaux, durante un bombardeo. Vive clandestinamente hasta 1949, cuando se ve obligado a huir a Bélgica. Por esa época decide emplear el término "socialismo libertario" en vez de "anarquismo", por sus connotaciones más positivas. Al normalizarse su situación vuelve a Francia y se convierte en impulsor y editor de la revista de sociología "Civilización libertaria". Desde entonces residió en París. Allí vivió la revolución de Mayo del 68.

Después de la muerte de Franco, acude a España en dos ocasiones, por una semana en 1976 y en octubre de 1977. Poco antes de morir en París me escribió: "Decididamente, mi segundo viaje a España no ha sido un acierto, pues poco más o menos todo me ha fracasado (regresamos a Francia extenuados) y con una impresión pesimista. ¡Siquiera el fracaso personal fuera compensado con buenos resultados colectivos!"